MI AMIGO MANOLO ALONSO ALCALDE

Cuando en la madrugada del 20 de enero la voz de Maruchi Jalón me despertó para decirme que, aquella noche, había muerto repentinamente Manolo —como del rayo, hubiera podido decir Miguel Hernández—, tuve la sensación de que me acababan de anunciar la muerte de media parte de mi vida. Recé una oración pero pensé enseguida que más eficaz sería la oración que Manolo podía rezar por mí, ya en su cielo. Pasada la hora del dolor y pasados los homenajes que a la memoria del poeta se celebraron en Madrid, Ceuta y Valladolid, ahora, con más serenidad, la figura de Manolo se me presenta en toda su inmensa dimensión humana y espiritual y le veo, allá por los años anteriores a la guerra de 1936, cuando él era un niño que, para evadirse de la incomprensión de sus compañeros de colegio, —implacables con su menuda estatura y su diferente condición espiritual— venía a unirse a nosotros, no menos extraños muchachos, asomados a las primicias de la música y la poesía, que en aquellos turbulentos tiempos no eran, precisamente, los temas preferidos de la juventud.

Manolo nos trajo a nosotros —aplicados estudiantes inmersos en las tradicionales formas de la poesía— un soplo de vanguardia alimentado por una honda sensibilidad inusitada a sus catorce años. En su colegio había poetas que escribían en verso libre y sin normas preceptivas de ninguna clase. Recuerdo que nos hablaba con entusiasmo de los versos de Suárez Carreño y Landrove y aunque nosotros, formados bajo las alas y en la preceptiva de Don Narciso Alonso Cortés, intentábamos rechazar aquellas heterodoxias poéticas, poco a poco nos fué acercando a las vanguardias literarias y los nombres de Alberti, Salinas, Aleixandre empezaron a ser gracias a él, familiares en nuestros oidos juveniles.

Don Narciso, cuando yo le presenté a aquel jovencísimo poeta, se quedó admirado de su lírica musicalidad y, aunque Manolo no pertenecía al Instituto «Zorrilla» donde se publicaba por entonces una revista literaria con el título de «Aula» primero y «Cultura» después, pronto sus versos aparecieron entre los nuestros y el nombre de Manolo empezó a ganar forma entre los estudiantes de aquellos años.

LUIS LOPEZ ANGLADA

La guerra nos separó momentáneamente, pues Manolo había ido a Barcelona el año 36 y allí estaba cuando empezó la lucha.

El año 39 recibí enseguida una carta suya, —en verso, claro— anunciándome su inminente llegada a Valladolid y allí nos encontramos de nuevo los amigos a los que la guerra nos había hecho prematuramente hombres con experiencia de combates y responsabilidades tal vez impropias de nuestra edad.

Y la amistad renovó de nuevo sus fuertes ataduras y con ella una apasionada entrega a la poesía ya que no debía abandonarnos nunca. Manolo escribía incansablemente en cuadernos manuscritos versos y versos cada vez más perfectos. Recuerdo el día que vino a leerme su soneto «Pastor de los Torozos» que ya anunciaba su maestría o aquel otro «El gran silencio» que luego había de dedicarme en su primer libro.

Empezamos a escribir largos poemas en colaboración. Nos atrevimos a empezar unas octavas reales que darían comienzo al título «La creación» donde se notaba demasiado la influencia que Góngora había dejado en nosotros a través de las grandes pasiones de Manolo por los poetas del 27. Ganamos con un romance, hecho entre los dos una tarde increible, un premio en los Juegos Florales que Palencia había convocado con motivo de la muerte de Jorge Manrique y aunque en nuestra precipitación por escribirlo confundimos los detalles de la muerte del poeta palentino con la de Garcilaso, lo cierto es que obtuvimos el premio, con la consiguiente algazara por nuestra parte y la de nuestros amigos.

Valladolid era por entonces —años 1939, 40 y 41— una ciudad con intensa actividad literaria. La nómina de poetas se encabezaba, naturalmente, con el nombre egregio de Alonso Cortés. Inmediatamente veíamos a los consagrados ya por la fama, Jorge Guillén, María Luelmo y Francisco Pino, incansables creadores de revistas de vanguardia. Robinsón literario de entonces era Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, que recuperaría la vieja tradición del romance. Francisco Javier Martín Abril ejercía su magisterio desde las páginas de «Diario Regional» y Angel de Pablos desde las de «El Norte de Castilla». A los más jóvenes, Manolo, Felix Antonio González y yo, se nos unirían luego otros muchos más jóvenes pero ya inmersos en la pasión poética. Eran Alfredo de los Cobos, Arcadio Pardo y Luis López Alvarez. Las vicisitudes de la política nos trajeron a Valladolid a un poeta al que conocíamos por las antologías de entonces: era Fernando González. Con él llevaríamos a cabo, posteriormente, la fundación de la revista Halcón, de gloriosa memoria en nuestros espíritus.

De todos estos poetas, Manolo era, sin duda alguna, el que más popularidad y fama iba a adquirir en aquellos tiempos en nuestra ciudad. Su simpatía desbordante, su prodigiosa facilidad para versificar y su hombría de bien se ganarían enseguida el fervor de los vallisoletanos primero y luego el pueblo de Ceuta donde le llevó su carrera militar del Cuerpo Jurídico.

Cuando nuestras obligaciones profesionales nos separaron, no por eso sufrió menoscabo nuestra amistad. Manolo empezó a ser para mí el nuevo lazo de unión que me llevaría a Ceuta, ciudad en la que nací y de donde salí a los ocho años. Manolo volvería a atar relaciones olvidadas, nombres de amigos casi desconocidos, testimonio de lugares que dormían en mis recuerdos de infancia. Manolo llegó a ser enseguida el gran poeta de Ceuta como lo había

sido de Valladolid. Unidos en su corazón, Valladolid y Ceuta conformarían el tema de su mejor poesía, de sus recuerdos entrañables, de sus pasiones líricas. Cuando, pasados los años, Manolo fijó su residencia en Madrid, Ceuta le honró con la medalla de plata de la ciudad y Valladolid con edición de una gran antología de su obra.

Poco a poco, la poesía de Manolo fue trascendiendo hacia alturas que vinieron a lindar con el misticismo. Pero no se dejó llevar nunca por una lírica evasión hacia las alturas. Sus poemas ultimos —que Manuel Alvar comparó en BLANCO Y NEGRO con los de Dámaso Alonso—, desbordaban su amor por una humanidad doliente que solo podría salvarse con su enraizamiento religioso. Abierto ya su cuerpo al dolor de una dolencia que iba minando poco a poco su inmenso corazón de poeta, Manolo supo encontrar su clavo ardiendo en la fe religiosa que nunca le habría abandonado pero que, en los últimos tiempos, iba a ser el motor de su más acendrada poesía.

Cuando el 20 de enero, Maruchi me dio la noticia de la muerte de Manolo, pasada la ola del dolor, todos estos recuerdos fueron haciéndose nítidos, claros, vivos como en aquellos años juveniles. He vuelto a ver a aquel Manolo menudo, apasionado siempre, tanto en las alegrías como en las melancolías. Las diferencias de nuestras estaturas las compesaba aquella grandeza de corazón que rebasaba todas las medidas. Más que amigos nos consideramos siempre como unos hermanos a los que la poesía había atado para siempre.

Ahora sería fácil dejar rienda suelta a los epítetos elegíacos y a la retórica encomiástica. Tiempo habrá para todo, si Dios quiere. Yo solo quiero dejar en estas líneas el testimonio de aquel muchacho que conocí antes de la guerra, que supo de la miel del triunfo y de las melancolías de las incomprensiones. Pero que fue un hermano mío. ■